

---

## MEXICO ANTE LA CRISIS MUNDIAL

---

David Ibarra  
14 de octubre de 2008  
El Universal

El mundo se adentra en un periodo de cuasi-estancamiento con inflación. Las preocupaciones por abatir la contracción económica con una política monetaria permisiva (bajas tasas de interés) no se compadece del combate frontal a la inflación que llevaría a hacerla más restrictiva (altas tasas de interés). Las naciones industrializadas parecen enfrentar los mayores problemas desde la debacle de los sistemas financieros y del contagio generalizado de sus economías reales. En Europa declinará el ritmo de desarrollo entre el 30% y 50% (Alemania, Francia, Inglaterra, Italia, España) hasta bien entrado 2009. En Japón el crecimiento difícilmente rebasará el 1%. En los Estados Unidos, epicentro de los problemas, el producto apenas se acrecentará el 1% y el 0.5% en los próximos dos años, según el FMI.

Algunas regiones en desarrollo --China, la India, Medio Oriente-- con buena probabilidad conservarán altas tasas de desarrollo, si bien en algunos casos de orden declinante. Las proyecciones sobre Europa Central y América Latina indican desplomes alrededor del 30% en el ritmo de crecimiento. México parece estar en la peor situación. Si se comparan el promedio del bienio 1996-1997 con las proyecciones del FMI para 2008-2009, la caída es del 47%. El propio gobierno reconoce bajas del 40% --de 3% al 1.8% de crecimiento-- entre las dos estimaciones del producto --antes y después de reventar la burbuja financiera internacional--, elaboradas como respaldo del presupuesto de 2009.

Cabe entonces precisar algunas de las causas explicativas de esa situación que está afectando gravemente al desarrollo nacional. Un primer factor reside en el descuido de signos clarísimos de la implosión del sistema financiero

norteamericano desde comienzos de 2007. La desaceleración estadounidense --aunque se niegue-- necesariamente afecta a la economía nacional por concentrarse ahí el 80% de las exportaciones mexicanas y el 50% de nuestras importaciones, dejando saldos comerciales favorables por más de 80 mil millones de dólares anuales, esenciales para cubrir los enormes saldos adversos que registramos con China, Japón, La Unión Europea y otras regiones y países. Por esa y otras razones, el ritmo de ascenso del producto nacional se abatió 35% y el déficit comercial subió de 6 mil a 10 mil millones de dólares entre 2006 y 2007, mientras el saldo negativo en cuenta corriente se duplicó --y sigue creciendo-- pese a las remesas de transterrados y los altos precios del petróleo.

En segundo término, frente al recrudecimiento de esos problemas evidentes, las políticas públicas se enderezaron a otros propósitos, desgastando el capital político del gobierno. El Banco de México impertérrito en abatir la inflación en torno al 3%, elevó la tasa de interés interbancaria dos veces en 2007 y una más en 2008, cuando la reducía la Reserva Federal. Ello a pesar de que ya el producto iba a la baja y que el alza importada de precios --alimentos, materias primas, energéticos--, no podía ni puede contrarrestarse reduciendo la demanda interna. Esos errores llevó a reevaluar el tipo de cambio de 10.9 a 10.0 pesos por dólar en el primer semestre de 2008 y a acrecentar los influjos de capital golondrino dado el ensanchamiento de las tasas de interés internas frente a las foráneas. Así se dañó la competitividad de los productores nacionales, la estabilidad de la balanza de pagos y se acrecentó la volatilidad de los flujos del exterior. Para ahondar el clima de incertidumbre a los productores y ahorradores, la especulación subsecuente del tipo de cambio lo depreció súbitamente entre 25% y 40% el 8 de octubre pasado, forzando al gobierno a poner en práctica un programa de sostenimiento cambiario hasta por 2500 millones de dólares.

La política fiscal, pese a declaraciones públicas en el sentido que se impulsan acciones contracíclicas, permaneció (2007-2008) fiel a la tesis de mantener un déficit nulo conforme al mandato de la Ley de Presupuesto y Responsabilidad Hacendaria. El saldo neto del presupuesto público consolidado se redujo del 2.6% al 1.9% del producto entre 2006 y 2007.

Las energías hacendarias se dirigieron, en cambio, a poner en práctica el Impuesto Empresarial a Tasa Unica, duplicatorio del IVA como gravamen al consumo, y que poco contribuirá (1%) a subir la excepcionalmente reducida recaudación tributaria (10% del producto). El gobierno planteó también una reforma energética que se dirigía a la fragmentación de PEMEX y a dar participación privada, principalmente foránea, en los negocios petroleros. Ello avivó un rico debate técnico y político cuyo desenlace legislativo todavía no se hace público. Sin embargo, no se diseñó ni instrumentó un programa de inversión de emergencia que comenzara a compensar el decaimiento de su capacidad productiva y la acelerada importación de gasolinas, petrolíferos y petroquímicos, pese a su enorme gravitación en las finanzas públicas, la balanza de pagos y el ritmo de desarrollo nacional. Tuvo que sobrevenir la conmoción cambiaria, para decidir la construcción de una refinería y comenzar a desenredar el embrollo de los Piridegas.

El riesgo de que la banca nacional contagie al sector real de la economía restringiendo la oferta de crédito es remoto, porque ésta ha estado muy restringida desde tiempo atrás. La banca de desarrollo por estar concentrada en el factoraje reduce el crédito. La banca comercial prácticamente cerró la llave del financiamiento a la producción (esa cartera ha descendido 50% en términos reales) desde 1995. Presta al consumo, resguardado por tasas de interés usurarias (entre 30% y 40% en términos reales en las tarjetas de crédito) que le protegen sobradamente hasta hoy de las cuentas incobrables. Algún crédito se da al sector inmobiliario, pero éste ya dejó de expandirse. Lo que si pueden hacer los bancos extranjerizados es remitir fondos a sus matrices aquejadas de una profunda

crisis de liquidez. Entonces, el panorama de la banca, formalmente bien capitalizada no es prometedor, la ausencia de regulaciones congruentes con el interés nacional es una más de las fallas de las políticas públicas.

Los párrafos anteriores caracterizan a las políticas públicas de varios sexenios como simplemente reactivas frente a la irrupción de problemas; hay incapacidad de prever, de sentar prioridades, de avanzar sistemáticamente en la solución de las fallas estructurales y la digestión de las dificultades de la coyuntura económica. Seguimos abrazados a la creencia de que la sabiduría del mercado resuelve mejor que nadie cualquier dilema económico y social. Desdeñamos las experiencias de otros países en desarrollo que combinan con éxito políticas mercantiles con estrategias decididamente intervencionistas; y aún las más recientes, las de Estados Unidos y Europa, para respaldar fiscal y monetariamente a sus sistemas financieros. Más que con programas sólidos encaminados a multiplicar el capital político gubernamental, se responde mal y tarde con *spots* de televisión, señalamientos dudosos sobre la fortaleza de las finanzas nacionales y referencias a peores situaciones pasadas larvadas en errores priístas.

|